

Primera lectura de *Vida de Manolo contada per ell mateix* de Josep Pla

Mi joven colega Luis Solano me pide una breve presentación (cuatrocientas palabras, me han salido unas pocas más) para la edición en castellano de *Vida de Manolo contada per ell mateix*. Ha leído en algún lugar que fue el primer libro que leí en catalán, y así fue. Aunque yo hablaba catalán, en el colegio estudiaba en castellano, leía en castellano y casi todos los libros de la biblioteca familiar estaban escritos en castellano, hasta que un día me topé con ese libro de Josep Pla publicado por Editorial Selecta, la tercera edición, aparecida en 1953. Manolo Hugué había sido un íntimo amigo de unos amigos de mis padres, los Cortés, aficionados al trato con artistas, sobre todo ella, la guapísima María Rosa (fantasías eróticas infantiles, etcétera; o mejor dicho, sin etcétera), y yo mismo había llegado a conocerlo un día, de pequeño, en casa de esos atípicos amigos. El recuerdo de ese encuentro es vaguísimo pero no, en cambio, el de los relatos sobre el conversador infatigable, sobre las veladas inagotablemente hilarantes.

Gracias a la *Vida de Manolo* empecé, pues, a leer en catalán, y sobre todo me convertí en lector de Josep Pla. Desde entonces fui acechando la publicación, también en la Selecta, de las sucesivas entregas de los espléndidos *Homenots*, que conformaban una suerte de biografía informal, asistemática y ameni-

XII PRESENTACIÓN

sima de Cataluña a través de perfiles de escritores, artistas, políticos... Y luego, naturalmente, leí *Un senyor de Barcelona*, *El quadern gris* y otros libros de Pla, y después sobre Pla, la bibliografía no es escasa. Y lo más infrecuente (en especial para un editor con un tiempo de lectura tan acosado), los fui releiendo y los sigo frecuentando a ratos perdidos, tarde en la noche.

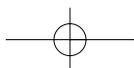
Imagino que en mi primera lectura, tan lejana, de Pla admiré la prosa vívida, plástica y precisa, el don excepcional del adjetivo, por otra parte, según supe luego, maníacamente trabajado, colilla en ristre, el humor descreído («soy un hombre típico de la cloaca del Mediterráneo», escribió en su «autorretrato verídico» de *El quadern gris*), pero en cualquier caso persiste un recuerdo inequívoco: la lectura de un libro, de un autor, como contraseña para instalarse en la felicidad. Por cierto, en casa estábamos suscritos a la revista *Destino*, que empecé a leer asiduamente desde mi adolescencia. Y recuerdo que leía la colaboración semanal de Pla, el «Calendario sin fechas», y sus crónicas de viajes con un entusiasmo «perfectamente describable», por utilizar una típica expresión planiana. Nada que ver con *Vida de Manolo*: otro escritor, o al menos otro lector.

Una apostilla: en una estantería de mi biblioteca se encuentra una pequeña escultura de bronce, un torero de cuerpo entero, cabizbajo, una obra de Manolo Hugué que compré hace muchos años, en su casa de Caldes de Montbui, a su viuda Totote, *in memoriam*.

Otra apostilla: recuerdo que en 1981, para acompañar los primeros títulos de nuestra colección «Panorama de narrativas», les pedí prólogos a varios escritores amigos, entre ellos a mi colega Carlos Barral para *La leyenda del Santo Bebedor*. Le deseo a Luis Solano mucha suerte en esa maratón editorial que está empezando con acierto. Y que la siga mereciendo.

JORGE HERRALDE

Prólogo



Vida picaresca de Manolo Johnson contada por James Pla

«A veces pienso que no duraré demasiado y me entra la furia de salvar otro libro». Eran las primeras semanas del año 1953 y Josep Pla, a los cincuenta y pico, tumbado en la cama de su gélida casona de Llofriu, refundía por segunda vez *Vida de Manolo*. En carta a su editor de por entonces —el tenaz Josep Maria Cruzet— le revelaba que Dionisio Ridruejo consideraba su biografía del escultor Manolo Hugué (1872-1945) como «uno de los mejores libros que se han publicado en España durante los últimos treinta años». No era el único. Carles Riba también iba a suscribirlo y el joven Gabriel Ferrater, poeta y crítico tan severo como el propio Riba, señalaría que aquel era «sin duda el libro más famoso de José Pla». Pero fue a partir de entonces, paradójicamente, cuando la fama de esta biografía empezó a depreciarse. La frescura de su planteamiento original la había difuminado ya una primera refundición del libro (la de 1947), la publicación de la serie *Homenots* a partir de 1958 revalorizaría al Pla retratista en detrimento del biógrafo y la edición en 1966 de *El quadern gris. Un dietari* alteró para siempre la consideración del escritor. Con la recopilación del libro en el volumen *Tres artistes* (1970) de las obras completas, acompañando a las biografías de los modernis-

XVI PRÓLOGO

tas Santiago Rusiñol y Joaquim Mir, *Vida de Manolo* acabó de perder el relieve que la había singularizado durante décadas y su prestigio pareció fosilizarse. Por ello, el rescate que el lector tiene entre manos no pretende otra cosa que ser una justa revitalización.*

Pla escribió en catalán la primera versión del texto a mediados de 1927, cuando tenía treinta años y era un joven periodista cosmopolita que se había pateado media Europa contando desde la marcha fascista sobre Roma hasta la construcción del estado soviético. Poco tenía que ver, pues, con la efectiva máscara de sí mismo que acabaría construyendo en la posguerra: la del payés localista, socarrón y barojiano, ataviado con una boina de tiempos perdidos y un cigarrillo liado de cualquier manera entre los dedos. No. Para la sociedad literaria catalana que malvivía bajo la dictadura del general Primo de Rivera, Pla era un personaje polémico cuyos rasgos distintivos (en palabras del profesor Xavier Pla) eran la provocación, la falta de delicadeza, la insolencia y la frivolidad. Además, y muy pocos lo discutían, desde la publicación de su primer libro —el misceláneo *Coses vistes*—, se le consideraba un prosista excepcional. Si la crítica no siempre fue unánime, los lectores, ayer y hoy, siempre lo han sido.

Josep Pla era un escritor popular. Como lo era, en aquel momento, el género de la biografía. Hace ochenta años exactos, en 1928, cuando se publicó por primera vez *Vida de Manolo* (y *Elizabeth* y *Essex* de Lytton Strachey o *Goe-*

* Aunque la idea inicial de este rescate era reeditar la versión castellana de *Vida de Manolo* que Juan Chabás tradujo en 1930, las carencias detectadas cotejándola con el original han exigido una nueva traducción en cuya revisión he contado con la inestimable ayuda de Juan Marqués. Paradójicamente, cuando Pla preparó la edición castellana de 1947, integró en su refundición algunos de los errores cometidos por Chabás.

the de Emil Ludwig), el género de la biografía, gracias al *bypass* de la literaturización del relato histórico, se había puesto de moda en España: los autores empezaron a escribirlas, los editores a traducirlas y publicarlas, los críticos a analizarlas y los lectores a leerlas. Los pupilos de una renovada «escuela de Plutarcos» se prestigiaron y la noción de «biografía novelada» circuló en los papeles públicos con cierta normalidad, sin censuras morales ni epistemológicas. Pla, muy pronto, demostró estar al tanto de una nueva modalidad narrativa que, en los días de la deshumanización del arte y crisis de la ficción novelesca, situaba al sujeto en el centro de su interés. El periodista mencionó en la prensa tanto a Ludwig como a Strachey o André Maurois, pero nunca perdió de vista los clásicos modernos del género: *Vida de Samuel Johnson* (1791) de James Boswell («la obra maestra del género») y *Conversaciones con Goethe* de J. P. Eckermann (1836-1848). Los dos los tenía en su biblioteca y a los dos les sería fiel a lo largo de su vida. «Estos dos considerables libros», escribió en un artículo de postrimerías, «dejan a toda persona curiosa literalmente azorada». No es extraño que ambos le sirvieran como ejemplo al concebir el proyecto de la vida escrita del escultor Hugué.

Los dos, la *Vida* y las *Conversaciones*, son libros amasados a partir de las charlas que los biógrafos mantuvieron durante años con sus biografiados, pero la resolución formal de ambas biografías es distinta. Eckermann confeccionó un diario que es una invitación a contemplar en directo un espectáculo apabullante, la máquina de producción de saber de un Goethe mayestático en acción permanente. Boswell, por su parte, fraguó una narración estructurada cronológicamente cosiendo todo tipo de tipologías textuales (cartas, artículos, poemas, fragmentos de diario, plegarias...) con la transcripción y reelaboración de centenares de

XVIII PRÓLOGO

conversaciones mantenidas con Johnson. «Por sí sola, su conversación, o bien lo que a ella conducía o se entretecía con ella», consigna Boswell, «es la materia de la que este libro se ocupa». El buen empleo de esta fórmula dio como resultado la consecución de la quimera que persigue todo autor de vidas ajenas: la plena reviviscencia de actos y palabras de un coloso. La misma operación, eso sí, con más modestia y mucho menos tiempo, Pla la quiso llevar a cabo en *Vida de Manolo* y a mediados de los cuarenta la repetiría en *Un señor de Barcelona*.

Cuando escribió la biografía, Josep Pla conocía a Manolo Hugué desde hacía algo más de un lustro. Probablemente, si nos fiamos de su memoria, lo había tratado ya en el año 1920, es decir, en los días posteriores a la acción que cuenta *El quadern gris*. Aunque, en realidad, más preciso sería decir que Pla a Manolo lo conocía de las noches y las madrugadas. De la tertulia bohemia y canallesca del Lyon d'Or de las Ramblas de Barcelona. Luego lo vería en otras ocasiones y le dedicó un breve retrato que incluyó en *Coses vistes*. La biografía no la compondría hasta el verano de 1927. Para prepararla, Pla, que aún vivía exiliado, se instaló durante el mes de junio de aquel año en la casa de campo que Hugué y su mujer Totote ocupaban en la recoleta localidad francesa de Prats de Molló, en la frontera pirenaica con Cataluña. El método de trabajo consistió, según palabras de Pla, en «provocar unas conversaciones rutilantes y sintéticas y dejar pasar las cosas entre unas preguntas intencionadas y la sinceridad del artista». Después, con los cuadernos a rebosar de notas, se encerró en el Hotel del Comercio de Port-Vendres y se puso a trabajar. «Este libro», escribió veinte años después, «es uno de los esfuerzos concentrados más febriles que he hecho en mi vida». En septiembre lo había terminado. «Son unas memorias de

Manolo Hugué, el gran escultor, contadas por él mismo». El libro lo publicó durante los primeros días de 1928 una editorial *à la page* —La Mirada—, en papel lujoso, con un cuadernillo de reproducciones de obra de Hugué (además de un retrato pintado por Pablo Picasso). Se imprimieron tan sólo seiscientos ejemplares y el propio Pla (según la biógrafa Cristina Badosa) fue el encargado de distribuirlos desde la pensión donde vivía en Barcelona con su mujer Adi Enberg al precio de catorce pesetas el volumen. En febrero, según contaba por carta a su hermano Pere, la edición iba agotándose.

«El oficio de Eckermann, con este hombre, sería difícil y complicado», apunta coqueto el biógrafo relativizando sus capacidades. La falsa modestia fue recurso tópico del estilo antipedante de Pla, pero la alusión al escriba de Goethe diseminaba en el propio texto una pista sobre cómo su autor había concebido la biografía. Aunque el más explícito, no era el único guiño. El arranque de *Vida de Manolo* se espejea en el clásico alemán. Los dos empiezan del mismo modo, relatando en primera persona la llegada del biógrafo a la localidad buscando al biografiado. Pla lo cuenta en el primer capítulo, Eckermann al final del prólogo de las dos primeras partes de las *Conversaciones* y también en el primer capítulo. Uno se había dirigido a Weimar con treinta y un años, el otro a Prats con treinta. Los dos, al ver por primera vez al hombre que motivaba el viaje, lo describen con cierto pormenor, centrándose en el rostro primero y después en su atavío (el desaliño de Hugué contrasta con la elegancia cortesana de Goethe). Los dos visitantes convertidos ya en invitados, tras esta escenificación prologal, empiezan a escuchar el monólogo de unos interlocutores que monopolizarán la charla a lo largo de todo el relato.

XX PRÓLOGO

Al contrario de lo que sucede en los casos de Goethe y Eckermann, de Johnson y Boswell, leyendo el texto, el desarrollo de las conversaciones de Hugué y Pla, por lo general, sólo podemos inferirlo. En el prólogo, Pla escribe que él las condujo «hacia las cosas que me parecieron más interesantes». Pero además de orientarlas, además de transcribirlas, hizo otra cosa. Algo más sustancioso que encargarse del «relleno» para dejarle el mérito de ser «el gallo» a Hugué. Ser un buen conversador y tener una vida curiosa no equivale a un buen libro. Hace falta una forma artística que catapulte la taquigrafía para transformarla en literatura. El mérito de Pla, como el de Boswell, consistió en construir la identidad narrativa de Hugué tomando como base las palabras del escultor pero disponiéndolas con su prosa inconfundible. Lo mismo haría, muy poco después, otro periodista de su generación —Manuel Chaves Nogales— en *Juan Belmonte, matador de toros* (1935), un libro irremplazable cuyo planteamiento formal es calcado a *Vida de Manolo*. Que Pla realizó la operación de modo magistral lo prueba el hecho de que, en buena parte, para la posteridad, el personaje del libro devoró al escultor. Dicho de otro modo, Hugué, por obra de Pla, para bien y para mal, en la mentalidad popular, acabó transformado en Manolo, el pícaro barcelonés y bohemio parisino reconvertido a la postre por el arte. Una historia de supervivencia cuya unidad argumental, como la estilística, también quedaría trastocada en las dos refundiciones del libro.

La mención anterior a la picaresca no es inocente. De hecho, no es del todo descabellado pensar en la picaresca como el molde narrativo al que Pla recurrió, junto a Eckermann y Boswell, para confeccionar el libro. Como le dictaba la experiencia y el sentido común a Hugué, Pla sabía que el arte, como la literatura, sólo existen cuando se retroali-

mentan de sí mismos. Si las conversaciones con Manolo fueron para Pla su ingrediente principal, la picaresca fue el bártulo del que se sirvió para cocinar la biografía. En un momento determinado del texto, Hugué explica que «mi vida de entonces era exclusivamente picaresca». La frase podría no tener mayor relevancia, una mera descripción, pero lo interesante es la apostilla. «Piénsalo y lo verás.» El escultor, dirigiéndose a Pla, al interlocutor atento, le conmina a meditar sobre la comparación entre su vida y la picaresca. Pla debió pensarlo y, mientras escribía su aventura, parece como si fuese dándole la razón a Hugué.

Que el género picaresco entusiasmaba a Pla puede certificarse. Ya viejo, en 1970, respondiendo a una entrevista de José González Cano, afirmaba que «me gusta mucho la novela picaresca española, es lo mejor que ha hecho España, seguro». Pero aún más significativo es el diagnóstico formulado pocas semanas después de dar por terminada *Vida de Manolo*, en septiembre de 1927, es decir, en pleno auge de la novela experimental de vanguardia. «La literatura clásica española se ha hundido casi en bloque — Cervantes y el *Lazarillo* aparte — porque era una cosa puramente verbal y absolutamente deshumanizada». El Pla que escribe la vida de Hugué, pues, tenía el *Lazarillo* en la cabeza y, al contrario de tantos prosistas contemporáneos atascados en la nebulosa de la deshumanización, había intentado «hacer un libro sobre un hombre». Sobre un hombre, sobre su pequeño y clausurado mundo de hambre y miseria (el hampa barcelonesa, la cotidianidad de la bohemia negra en París). Un libro vacunado contra cualquier forma de esnobismo, que iría expresamente a contracorriente de la estética dominante porque «la ironía, el humor, el juego (que son las cosas más difíciles que hay) han pasado completamente de moda». Y esos eran, precisamente, elementos que salpi-

XXII PRÓLOGO

mentaban aquí y allá unas páginas que ya en su día llevaron adheridas una tenue pátina *demodé*.

A pesar de ser una biografía (una «biografía novelada», al parecer de Alexandre Plana —perspicaz crítico de la época y mentor de Pla—), la mayoría del texto está escrito en primera persona. El lector, de entrada, queda desconcertado porque Pla parece desaparecer y dejar su espacio de autor al Hugué orador. Será sólo él, en presente, ancorado en un discurso marcadamente oral (lo evidencia la puntuación, las repeticiones, el cambio en el tratamiento con su interlocutor), quien se encargará de rememorar quién ha sido, dónde vivió y a quién conoció. El lector, guiado por Hugué, pasea primero por una Barcelona costumbrista y después se sienta a su lado en los cafés de artistas de un París que enlazaba los últimos coletazos del impresionismo con la aparición de los primeros nombres de las vanguardias. Vemos desfilar entonces a las figuras de una gran procesión de la modernidad estética, a Santiago Rusiñol o Guillaume Apollinaire, Pablo Picasso, Isaac Albéniz o a Jean Moréas, el poeta francés con quien tuvo tan buena amistad.

Este recurso narrativo, el ceder la voz, fue otro acierto de Pla, que fue limándose en la segunda y tercera edición del libro. El uso de la primera persona, tan inusual en una biografía, es rasgo formal determinante de la picaresca. Y Pla lo adoptó. Como también explotó el desarraigo paterno típico del pícaro como hito caracterizador del carácter de Hugué, que confesaba que «no sabía hacer más que el vagabundo» y (en dramática imagen) haber andado por la vida «como un perro sin collar». Pero es sobre todo en la consideración de la pobreza y el hambre como la mejor escuela de aprendizaje donde las concomitancias de fondo entre la picaresca y *Vida de Manolo* son más significativas. Como el pequeño Lázaro, Manolo Hugué, siendo un niño tuvo que

hacer las mil y una para comer. Y eso supuso acumular una batería infinita de anécdotas que, contadas desde el paso anestesiador del tiempo, daban pie a la ironía y el humor. Pero también implicó la configuración de una personalidad que, sin solución de continuidad, mezclaba rudeza e inteligencia, tosquedad y humanidad, pintoresquismo y profundidad.

Algunos lectores se quedaron sólo con la parte chocarrera del biografiado, con el estereotipo bufo del pícaro y del bohemio. Lo mismo, en demasiadas ocasiones, le sucedería a Pla, más popular a veces por su anecdotario que por su literatura. *Vida de Manolo*, ciertamente, posibilita la lectura con sonrisa, pero quedarse sólo con ella es conformarse con poco. Porque, más allá de la máscara simpática del personaje (usada por él, según dice, como mecanismo de defensa «de un hombre de una tristeza que no se acaba nunca»), Pla, en el fondo, construye a Hugué como un auténtico moralista. Alguien que podía extasiarse ante un plato de guisantes, sí, pero al mismo tiempo reflexionar con diamantina perspicacia sobre estética y religión, el origen de la guerra (la primera guerra mundial la vivió como el fin de una época) o la traición de los intelectuales embusteros.

Lo advierte Pla mismo ya en las «Cuatro palabras» prologales. «Este documento es absolutamente sincero y, bajo una apariencia de vivacidad, infinitamente serio.» La clave está en lo que distingue la figura del pícaro de Hugué. Manolo, en su madurez, por su experiencia y por el bagaje cultural adquirido (de los griegos a Baudelaire), tuvo una honda autoconciencia del proceso de formación de su carácter. Por ello fue capaz de hacer de la vida su tema principal de meditación. Por lo mismo tuvo que resignarse a predicar un «idealismo defensivo» porque «la vida me ha enseñado a ser un desengañado». Esta es la dimensión excepcional del

XXIV PRÓLOGO

libro. La de la insobornable profundidad humana de su protagonista, tantas veces trágica, agazapada siempre bajo el caparazón blindado de la ironía. Una dimensión moral que hace de *Vida de Manolo* un clásico y de Hugué un maestro del vivir. Para Josep Pla, en aquel momento —«uno de los momentos más despiadados y desamparados de mi existencia»—, sin duda lo fue. Y ahora, para ti, afortunado lector que estás a punto de pasar página, puede seguir siéndolo.

JORDI AMAT